



f /asuntospublicos

@ced_cl

Novedades

29/03/2019

Política

Los cazadores de la derecha perdida (parte 1)

14/03/2019

Política

Algunas reflexiones acerca del cuidado de la "casa común"

28/02/2019

Sociedad

Género y clase en Édouard Louis: a propósito de "Para acabar con Eddy Bellegueule" (2014)

01/02/2019

Política Sectorial

"Admisión justa": la ideología del mérito versus el sistema educacional justo

24/01/2019

Política

Trump y Bolsonaro: 12 "Fake News". Parte 2: El triunfo de Bolsonaro en Brasil.

17/01/2019

Política

Trump y Bolsonaro: 12 "Fake News". Parte 1: Las elecciones en la mitad del período de Trump en EE.UU.

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.cl.

©2000 asuntospublicos.cl. Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe 1352

Política

29/03/2019

Los cazadores de la derecha perdida (parte 1)

Reseña del libro: "La derecha perdida. Por qué la derecha en Chile carece de relato y dónde debería encontrarlo". Autora: Valentina Verbal. Santiago. Ediciones LYD, 2017.

Santiago Ortúzar Lyon¹

Resumen

La presente reseña examina de qué modo la autora de La derecha perdida busca contribuir a una renovación ideológica de la derecha chilena "capaz de hacerle frente a la hegemonía cultural de la izquierda" y cómo contrapone su propuesta a la aproximación "comunitarista" que considera predominante en este sector político. En la primera parte de esta reseña, se analiza su interpretación de la "crisis de legitimidad" de la política chilena. La explicación de la autora se centra en la política activa de deslegitimación de las instituciones (el "modelo") por parte de la Concertación tras su derrota electoral el año 2009, concluyendo que la crisis de legitimidad es "elitaria" y no "masiva". Asimismo, se propone que la autora subordina cualquier otra explicación del fenómeno –particularmente la interpretación "comunitarista"– a su capacidad para "legitimar" o "deslegitimar" la economía de mercado. A partir de lo anterior el autor argumenta que la deslegitimación es la categoría central del libro en comento. En la segunda parte de la reseña se presentarán tres puntos de vista desde los que esta aproximación resulta cuestionable.

1. Introducción

El libro de Valentina Verbal busca contribuir a una renovación ideológica de la derecha chilena, "capaz de hacerle frente a la hegemonía cultural de la izquierda" (70)², y distinta de la aproximación "comunitarista" que considera predominante en este sector político. Mediante una apelación a la historia, la autora busca poner de relieve el "mínimo común denominador" (51) en torno al cual la derecha habría hecho operativo, en determinados momentos, su programa político. La hipótesis de Verbal es que dicho núcleo histórico consiste en la defensa de la "libertad económica", esto es, el "libre ejercicio de la función empresarial" (47). Los éxitos históricos de la derecha se explicarían por la capacidad de sus tendencias predominantes –los liberales y los conservadores– de confluir en ese objetivo común.

¹ Sociólogo de la Universidad Católica (ISUC) e investigador del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES). Correo electrónico: sortuzar@ieschile.cl. Agradezco al equipo del IES su cuidadosa revisión de varios borradores de este texto. Los errores son exclusiva responsabilidad mía.

² Las citas al libro reseñado se señalan anotando sólo el número de página.

Pero hoy, afirma Verbal, la derecha política es incapaz de enfrentarse a la “hegemonía cultural” de la izquierda; de ahí el título de su trabajo. Y esto se agravaría por la arremetida de “intelectuales comunitaristas” como Hugo Herrera, Daniel Mansuy y Pablo Ortúzar, que la hicieron adoptar un discurso parasitario, en última instancia, de varios presupuestos de la izquierda. Por eso Verbal califica tanto a los intelectuales de izquierda como de derecha como “anticapitalistas”: aunque con distintos grados de intensidad, todos quieren reemplazar la libertad económica por otro tipo de valores. Dichas metas implican inevitablemente el uso del aparato coactivo del Estado y la imposición de determinados valores, lo que vulnera distintas dimensiones de la libertad humana (entre ellas, la económica). La única alternativa para la derecha, entonces, sería actualizar “su relato a partir de las ideas que constituyen y definen su propia identidad”; en recurrir a su pasado, “pero no por una razón arqueológica, sino didáctica” (275).

Para persuadirnos de su hipótesis, La derecha perdida se propone tres objetivos específicos. El primero de ellos consiste en analizar históricamente la alianza liberal-conservadora ante un siglo XX “eminente estatista” (124) y el papel (casi irrelevante) de los “tercerismos” (socialcristiano y nacionalista) (caps. 4-5). Aquí, Verbal busca mostrar que sólo cuando conservadores y liberales se unen en la defensa de la “libertad económica” la derecha es exitosa. En segundo lugar, busca analizar qué significa este ideario hoy, discutiendo las tesis del llamado “liberalismo clásico” (caps. 6-8). El segundo objetivo presupone al primero, pues el libro argumenta que son precisamente las ideas del “liberalismo clásico” las que se han expresado en la vida concreta de la derecha y su articulación liberal-conservadora (138). El tercer objetivo, sin embargo, parece ser el más decisivo para la articulación del libro como un todo (caps. 1-3). Se trata de examinar el “cambio de ciclo” y la “crisis de legitimidad” de la política chilena en la actualidad, las principales interpretaciones del proceso (en particular, las de los intelectuales “anticapitalistas”, tanto de izquierda como de derecha) y las críticas propias de la autora frente a dichos diagnósticos. La teoría de la legitimidad que subyace a esta sección del texto establece una relación entre teoría y praxis crucial para la renovación ideológica que Verbal desea transmitir a la derecha, pues especifica el sentido en que Verbal cree que la derecha debe ser “culturalmente hegemónica”.

El objetivo de esta reseña es analizar y evaluar esta última dimensión del texto. Para ello, en la primera parte buscaré reconstruir la teoría de la legitimidad que propone Verbal, identificando sus propósitos, fuentes y alcances, y explicando en qué sentido diagnostica una “crisis de legitimidad” en Chile, además de exponer la interpretación “comunitarista” del proceso (sección 2). Dedicaré las dos secciones de la segunda parte de la reseña a problematizar la categoría de “deslegitimación” que desarrolla la autora y mostrar algunos problemas explicativos y normativos que se siguen de esta aproximación (secciones 3 y 4).

2. Crisis de legitimidad

Desde 2011, explica Verbal, Chile experimenta un “cambio de ciclo”. El movimiento estudiantil “catalizó una crisis de legitimidad, al punto de buscar refundar el orden político y económico a través del expediente de una nueva Constitución” (32). La idea de “crisis de legitimidad” supone un cuestionamiento radical y extenso a la economía de mercado chilena -que Verbal denomina “modelo”-, caracterizando este cuadro a partir de los trabajos de Linz y Sartori.

A juicio de la autora, la legitimidad consiste en la creencia de que “a pesar de sus limitaciones y fallos, las instituciones políticas existentes son mejores que otras que pudieran haber sido establecidas”³. Para que exista un déficit de legitimidad, entonces, es necesario que una parte significativa de la población (“la gente”) desee reemplazar las instituciones vigentes. El criterio para evaluar la legitimidad de las instituciones (y su cuestionamiento) se verifica en la presencia (o ausencia) de la demanda por un “sistema de reemplazo” (111, n. 361).

No hay nada, argumenta el libro, que permita “inferir que la mayoría de las personas está a favor de sustituir el actual sistema de libre mercado por uno de planificación central; o que, al menos, limite fuertemente la presencia del mercado en la vida económica y social” (111). Entre las variables que Verbal menciona para corroborar esta tesis están la oposición al gobierno de la Nueva Mayoría reflejada en las encuestas, la baja prioridad que los chilenos le asignan a la discusión constitucional y la “poca masividad de las marchas ciudadanas” en comparación con la concurrencia a malls como un indicador del acceso masivo al consumo (111-114). Los resultados patentes y objetivos del “modelo” chocarían, entonces, con una serie de percepciones instaladas por la izquierda política (en particular, la crítica “moralizante” del consumo, el “abuso”, la desigualdad y la demanda por una Asamblea Constituyente [AC])⁴.

¿En qué sentido se justifica hablar de una crisis de legitimidad? Para responder a esto, Verbal expone una teoría “elitaria” de la opinión pública: la hipótesis del “efecto cascada”⁵. Esta teoría plantea que la opinión pública está dividida en niveles distintos y asimétricos entre sí (“estanques”); por ejemplo, las “élites económicas y sociales”, los “líderes de opinión”, los comunicadores, los “públicos de masas”, etc. A medida que descendemos de un estanque a otro, nos encontramos con públicos cada vez más masivos. Las ideas circulan entre estos distintos niveles, pero principalmente de “arriba hacia abajo”. Una idea, aunque sea mayoritaria, casi siempre proviene de grupos minoritarios de la población, no emerge espontáneamente de las “masas”. Los movimientos en la dirección contraria son excepcionales (38).

Y dado que no existiría un deseo mayoritario de la población de sustituir el “modelo”, Verbal concluye que la crisis de legitimidad en realidad no responde a un proceso masivo, sino a una crítica proveniente de las élites (110-112)⁶. Su origen radica en la derrota de la Concertación el año 2009 frente a Sebastián Piñera. Tras el retorno a la democracia y luego de gobernar ininterrumpidamente 20 años, la Concertación encarnó una alternativa socialdemócrata afín a la economía de mercado, legitimando el modelo económico. Pero tras el triunfo de Sebastián Piñera, la Concertación tomó una decisión crucial: frustrada por la derrota y ansiosa de volver al poder, formó una “oposición desleal” al gobierno de la derecha, intentando deliberadamente negarle legitimidad al gobierno⁷. Así, la Concertación buscó impedirle a la derecha “hacer lo mismo que ella había hecho durante dos décadas: gobernar y administrar el país de manera pacífica” (109), incurriendo en una política consciente de deslegitimación (113).

³ Juan Linz, *La quiebra de las democracias* (Buenos Aires: Alianza Editorial, 1991), 38.

⁴ Verbal los denomina “tópicos” del “anticapitalismo” y distingue entre “versiones” “hard” y “soft”, una de izquierda y uno de derecha (82).

⁵ Giovanni Sartori, *¿Qué es la democracia?* (México, D.F.: Taurus, 2008), 77.

⁶ “Muchas crisis políticas han sido mucho más ‘mentales’ que reales, en cuanto a que han estado principalmente situadas en las voces discursivas de algunas elites más bien que en el conjunto de la población. Es lo que, pienso, sucede actualmente en Chile” (31).

⁷ Linz, *La quiebra de las democracias*, 38. Véase también Valentina Verbal, “El debate constitucional en Chile. La cuestión de la legitimidad”, en *Democracia y poder constituyente*, ed. Gonzalo Bustamante y Diego Sazo (Santiago: FCE, 2017), 267–86.

Sin embargo, Verbal concede la presencia de cierto “malestar” o “descontento”. Pero para entenderlo, es necesario distinguir la crisis de legitimidad de otro fenómeno paralelo, la “crisis de representación”. En Chile operan ambos fenómenos, sostiene, pero en niveles distintos: la crisis de legitimidad a nivel elitario, la crisis de representación a nivel masivo⁸. La crisis de representatividad consiste en el desgaste de la confianza ciudadana en las autoridades políticas, situación en que “la mayoría de la población desconfía de las instituciones y de las élites que las encarnan (112). En la ciudadanía no habría un cuestionamiento al “modelo” como tal, pero sí un rechazo a la “clase política” y al “funcionamiento concreto de las instituciones” (112). La crisis de representación, por cierto, no tiene la misma gravedad que la de legitimidad, pues no implica un “rechazo radical al modelo vigente” (111). Para Verbal, el descontento que usualmente se atribuye a la crisis de legitimidad debe reconducirse a la crisis de representación. Piensa que no hay un malestar masivo y difundido: el “modelo” demostró ser exitoso y la población lo evalúa positivamente. Esto implicaría que las percepciones de la población y los resultados “objetivos” del “modelo” están perfectamente alineados, son necesariamente convergentes⁹.

Debemos destacar que el análisis de Verbal es de carácter exógeno: la legitimación (o deslegitimación) del “modelo” no se explica por su forma de operar, resultados o características “internas”, sino por el rol que desempeñan las élites. El “modelo”, en este supuesto, no incide en su propia legitimidad: ella se vería afectada sólo por una causa externa. En nuestras circunstancias, la legitimación deviene crucial para asegurar su supervivencia frente a la “obsesión estatista” (40).

Además de las élites políticas, los intelectuales también son capaces de generar legitimidad. Esto explica el interés de Verbal en los “comunitaristas”, que a su juicio han tenido un fuerte impacto en la derecha política. Siguiendo a Nozick, Verbal piensa que los intelectuales tienden a ser “anticapitalistas” (99-116)¹⁰. Argumenta que la derecha se distingue por su déficit histórico en el plano de las ideas, que redundan en una gran dificultad para legitimar sus propuestas, haciéndola presa fácil de la retórica de la izquierda. Una manifestación crucial de lo anterior es el “derrotismo”, la sensación de “inferioridad moral [de la derecha] frente a la izquierda” que la predispone a “sentir que sus principios son indefendibles” (180). Esto es tan agudo que la derecha “llevará siempre las de perder” (181). Lo anterior explica la importancia de poner a prueba la narrativa de los “comunitaristas”: ¿en qué medida permite hacerle frente a la “hegemonía cultural” de la izquierda? ¿Es apta para “relegitimar un orden social basado en la libertad” (277)?

Lo central de su aproximación a los “comunitaristas”¹¹ pareciera ser lo que Verbal denomina la “crítica moralizante” del mercado. Tanto en la reivindicación de pensadores “antiliberales” que la autora acusa en Hugo Herrera, como en la descripción del mercado como egoísmo y hedonismo que le atribuye a Pablo Ortúzar, asoma la idea de que el mercado es un “ring de boxeo” y no un “espacio de cooperación social” (99). El problema no consiste sólo en declarar ciertas conductas como “egoístas” o “altruistas” desde una

⁸ Aunque existirían algunos grupos externos a las élites que sí cuestionan la legitimidad del modelo, como el movimiento estudiantil de 2011 o “#No+AFP”, se trataría de minorías críticas con el sistema, no representativas de la mayoría de la población (114, n. 369).

⁹ La crisis de representación podría significar incluso un “reclamo por más autonomía”. Aunque Verbal afirma “no estar segura de esta hipótesis”, “la alta abstención electoral, de más de un 60%, la torna bastante plausible” (112). Es decir: la crisis de representación casi equivale a una antítesis de la crisis de legitimidad, en la medida en que expresarían, respectivamente, un reclamo liberal y un reclamo estatista.

¹⁰ Robert Nozick, “Why Do Intellectuals Oppose Capitalism?”, en *Socratic Puzzles* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1997), 280–95. En este texto, Nozick acuña la expresión “hacedores de palabras” para describir a los intelectuales.

¹¹ Véanse los comentarios a Hugo Herrera, 58-66, 89-94, 152-158, a Pablo Ortúzar, 55-57, 212-213, 235-237 y a Daniel Mansuy, 50-54, 94-98. Los principales textos que analiza Verbal son: Hugo Eduardo Herrera, *La derecha en la crisis del Bicentenario* (Santiago: Universidad Diego Portales, 2014); Daniel Mansuy, *Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición* (Santiago: IES, 2016); Pablo Ortúzar, *El poder del poder. Repensar la autoridad en tiempos de crisis* (Santiago: Tajamar, 2016). Véase también la “problematización” de los “tópicos”, 99-107.

“torre de marfil”, sino en querer establecer “referencias comunes en el campo moral”, una “moral común”. Sólo ese “colectivismo moderado” permitiría, según la narrativa comunitarista, superar el “atomismo social”. Esta hipótesis es especialmente pertinente en el caso de Daniel Mansuy, pues él omite, a juicio de la autora, los efectos autoritarios de su propuesta, que implica reemplazar sistemáticamente los fines individuales por fines colectivos. Al querer situar las libertades personales en un contexto más amplio, un horizonte de “significación”, niega el derecho a construir las identidades fuera de las convenciones. En una sociedad libre, afirma Verbal, las identidades personales pueden ser transgresoras y muchos movimientos colectivos (por ejemplo, el feminismo) suponen “esencialmente un fondo liberal clásico”, contradiciendo la acusación de “atomismo”. Para la autora, Mansuy está, a fin de cuentas, en contra de la “diversidad o pluralismo que genera la modernización capitalista de Occidente” (96).

Lo crucial, entonces, es que para Verbal el pluralismo de la sociedad moderna es indisociable de la economía de mercado, y que para rechazar lo segundo, los comunitaristas tienen que rechazar lo primero. Además, la solución “comunitarista” le parece cuestionable no sólo porque contradice los supuestos del “liberalismo clásico”, sino por ignorar las condiciones históricas de las grandes victorias de la derecha. Pero la autora va más lejos, pues le preocupa que la reflexión intelectual de los “comunitaristas” tenga ella misma consecuencias políticas. A su juicio, ellos contribuyen al esfuerzo intelectual de la izquierda, convirtiéndose en sus “símiles” (141) en esta “guerra de las palabras” (255). Tanto el “anticapitalismo” de derecha como el de izquierda tienen, en última instancia, igual propósito y dirección: deslegitimar el “modelo”. Su naturaleza política es idéntica. Por eso acusa de ingenuidad a la derecha:

“Cuando la izquierda en Chile critica el modelo por ser supuestamente abusivo, no lo hace con el objetivo de mejorarlo, sino idealmente de reemplazarlo. No por nada se habla de “otro modelo”. La derecha no debe ser ingenua en este punto: la izquierda, en su gran mayoría, no es que quiera legitimar el mercado; quiere hacer precisamente lo contrario: deslegitimarlo para reemplazarlo por otra cosa, aunque no se sepa concretamente en qué consista” (206).

Aunque no fueron los “comunitaristas” quienes iniciaron la crisis de legitimidad, hoy la acrecientan. Y la autora vincula este punto con la “crítica moralizante” del mercado:

“Aunque a Mansuy tampoco corresponda catalogarlo como parte de un anticapitalismo versión hard [...] sí sirve de manera efectiva a la causa ideológica de la izquierda, en la medida en que efectúa de manera intensa la más fuerte de las críticas que es posible hacer en contra de algo: una deslegitimación de orden cultural y moral” (98).

¿Qué significa esta frase? ¿En qué sentido una “deslegitimación de orden moral y cultural” es “la más fuerte de las críticas”? Este pasaje revela una dimensión nueva de la “crítica moralizante” del mercado que tanto inquieta a Verbal. Pareciera que dicha crítica no sólo supone condenar a quienes interactúan en el mercado (y sus proyectos de vida), reduciendo sus motivaciones al “egoísmo”, sino un daño del mercado mismo, con consecuencias políticas indiscutibles (“la más fuerte de las críticas”). Así, Verbal parece asignarle cierta prioridad al tema de la “crítica moralizante”: ella sería también un daño a la legitimidad. Al formular la “crítica moralizante” los “comunitaristas” están deslegitimando el “modelo”. Con ello, agudizan la crisis y desvían a la derecha de su curso esencial (definido históricamente), pues dañan la institución paradigmática para desplegar la libertad económica. Por eso se trata de una “derecha perdida”: en la medida que ella está llamada a ser, en virtud de su propia historia, una defensora del “modelo”, cuando adopta una actitud “moralizante” no puede sino horadar y socavar las bases de su propia legitimidad.

En suma, la categoría central de La derecha perdida parece ser la deslegitimación. Ahora bien, la teoría de la legitimidad que desarrolla Verbal deja preguntas sin responder. A ellas dedicaré la segunda parte de esta reseña.

Referencias Bibliográficas

Herrera, Hugo Eduardo. La derecha en la crisis del Bicentenario. Santiago: Universidad Diego Portales, 2014.

Linz, Juan. La quiebra de las democracias. Buenos Aires: Alianza Editorial, 1991.

Mansuy, Daniel. Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición. Santiago: IES, 2016.

Nozick, Robert. "Why Do Intellectuals Oppose Capitalism?" En Socratic Puzzles, 280–95. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1997.

Ortúzar, Pablo. El poder del poder. Repensar la autoridad en tiempos de crisis. Santiago: Tajamar, 2016.

Sartori, Giovanni. ¿Qué es la democracia? México, D.F.: Taurus, 2008.

Verbal, Valentina. "El debate constitucional en Chile. La cuestión de la legitimidad". En Democracia y poder constituyente, editado por Gonzalo Bustamente y Diego Sazo, 267–86. Santiago: FCE, 2017.